

# 1

Sara giró la cabeza sobre la almohada y miró el despertador. Faltaban tres minutos para las seis de la mañana. Cerró los ojos y resopló. Era un hecho: odiaba los lunes. No tenía ningún motivo especial para hacerlo. En realidad, era un día como cualquier otro: un martes, un jueves, un domingo... Sus días eran tan parecidos que solía confundirse y le costaba recordar la fecha. Pero los lunes tenían algo que la deprimía.

Bostezó. Estaba exhausta y ya había perdido la cuenta de las noches que llevaba sin dormir. Daniel continuaba teniendo pesadillas y apenas conciliaba el sueño por culpa de una película de terror que había visto unas semanas antes.

Su marido dormía profundamente al otro lado de la cama. Su pecho subía y bajaba al ritmo que marcaban sus ronquidos: dos inhalaciones cortas y una larga. Lo miró con fastidio. No entendía cómo podía caer en la cama como un tronco y no enterarse de nada.

No recordaba cuándo fue la última vez que Colin se había levantado en su lugar para consolar a Daniel, darle agua o vigilar su sueño si estaba enfermo y la fiebre no le bajaba. Quizá no lo recordaba porque nunca lo había hecho, ni siquiera en esas contadas ocasiones en las que era ella la que enfermaba. En esos casos, Colin se limitaba a dormir en otro cuarto y a permanecer alejado para no contagiarse, alegando que no podía permitirse el lujo de faltar al trabajo.

Colin siempre era el primero en llegar a su oficina y el último en abandonarla. Incluso acudía algunos fines de semana con el pretexto de complacer a sus jefes y asegurarse de que conseguiría un ascenso cuando estos eligieran al nuevo equipo directivo. Sara sabía que él llevaba muchos años luchando por ese ascenso y trataba de ser paciente y comprensiva. Creía firmemente que, cuando por fin lo lograra, las cosas mejorarían entre ellos. Colin se relajaría, pasaría más

tiempo con ella y el niño y podrían arreglar sus problemas. Era lo que más deseaba.

El despertador comenzó a sonar y ella se levantó tras apagarlo. Se cubrió los brazos desnudos con una rebeca y se dirigió a la cocina mientras se recogía la larga melena castaña en una coleta. Puso a calentar la cafetera y rellenó el depósito de agua bajo el grifo. Arrugó los labios con una mueca de fastidio al ver que las cápsulas de *latte macchiato* se habían acabado. Después buscó el café soluble, que guardaba para emergencias, y calentó un poco de leche en el microondas. Le puso dos cucharadas colmadas, añadió azúcar y un poco de vainilla en polvo. No era lo mismo, pero se parecía bastante, y lo importante a esas horas era la doble dosis de cafeína que necesitaba para ponerse en marcha.

Tomó la taza caliente y se dirigió al salón, a su pequeño rincón junto a la ventana, y se sentó en la butaca de segunda mano que meses atrás había comprado en un mercadillo cerca de Notting Hill. Era perfecta por su tamaño y tan cómoda que se había convertido en su lugar favorito de la casa. Subió las piernas al asiento, acomodándose mientras acunaba la bebida entre sus manos. Siempre se levantaba temprano para poder disfrutar de ese ratito de tranquilidad antes de despertar a Daniel.

Cogió el libro que Christina le había regalado en Navidad y continuó leyendo por donde lo había dejado el día anterior. Era una lectura preciosa. Le encantaba el argumento, los personajes, el lugar donde se ambientaba. Lo cierto era que siempre acababa enamorándose como una idiota de las novelas con una bonita historia de amor. Pero esta poseía algo especial, y es que tenía como protagonista al hombre perfecto. Atractivo y muy masculino, divertido, inteligente, impulsivo... Muy apasionado y seguro de sí mismo, menos cuando mostraba su lado sensible y vulnerable, dejando entrever que, quizá, no fuese tan seguro. Un hombre capaz de dar espacio, de recorrer cinco kilómetros a pie para conseguirte un trozo de tarta, de los que se pasan toda una tarde en la cocina para prepararte una cena maravillosa. Un hombre que, posiblemente, no fuera tan perfecto si se lo comparaba con otros, pero que para Sara lo era cuando decía cosas como aquella:

*«...si mañana se acaba el mundo, yo moriré feliz solo por haberte conocido.»*

Se llevó la mano a sus labios temblorosos y parpadeó para alejar las lágrimas. El corazón le latía con fuerza y se sintió estúpida por ese atisbo de celos que estaba sintiendo hacia la protagonista. Estúpida por las mariposas que le recorrían el estómago cada vez que leía un «Te quiero», como si ella fuese la destinataria de ese sentimiento. Por Dios, estaba muerta de envidia por una escena de amor entre una pareja de... ¡ficción! Cerró el libro y se quedó mirando la pared llena de fotografías. Las de su boda, por llamarla de algún modo, habían desaparecido tras el ficus al igual que otras muchas cosas.

—Sara, ¿has planchado mi camisa azul? No la encuentro —preguntó Colin desde el pasillo.

Sara se secó con la manga de la rebeca una lágrima solitaria que se deslizaba por su mejilla.

—Está en el armario. Y, por favor, no grites. No quiero que Daniel se despierte.

—¡Mamá!

—Estupendo —refunfuñó para sí misma mientras dejaba el libro a un lado y se ponía de pie—. Media hora para desayunar tranquila, leer un poco... Tampoco pido mucho.

Ayudó a Daniel a vestirse y lo acompañó al baño. Mientras le aplastaba con el peine el remolino que se le formaba en la coronilla, oyó a su marido contestando al teléfono. Tras unos segundos, Colin apareció en la puerta.

—Necesito que prepares mi ropa de golf. He quedado con Clayton para jugar unos hoyos esta tarde.

—Pero si es lunes.

—¿Y?

—Que le prometiste a Daniel que esta tarde irías con él a comprar su bici nueva.

Colin vaciló un segundo, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—¿En serio?

—Sí, se lo prometiste. No hace ni dos días —repuso Sara.

Él bufó con las manos en las caderas y alzó la vista al techo.

—Pues lo siento, pero no voy a poder. —Miró a su hijo a través del reflejo del espejo—. Lo siento, Dani, pero lo de esta tarde es importante. Clayton y yo debemos planificar una nueva campaña y...

—No pasa nada —susurró el niño.

—¿Seguro?

Daniel asintió con una leve sonrisa, pero Sara notó la tensión de su cuerpo. Apretó los párpados un segundo y respiró hondo. Estaba cansada, triste y de muy mal humor para conformarse, como hacía siempre, y permanecer callada.

—Dani, cariño, ¿por qué no vas y pones la tele un rato?

Se inclinó y lo besó en el pelo. En cuanto el niño salió del baño, miró a Colin con una expresión acusadora y le apuntó con el peine.

—¿De verdad lo vas a dejar plantado?

—¿Y qué quieres que haga?

—Que por una vez, al menos una vez, cumplas una de tus promesas. Se había ilusionado con la idea.

—Ya lo llevaré otro día. Lo de esta tarde es importante.

—¡Vas a jugar al golf! ¿Eso es más importante que tu hijo?

Colin se puso a la defensiva y se cruzó de brazos.

—No solo voy a jugar al golf. Se trata de despejarnos un rato y probar a encontrar nuevas ideas para la campaña que tenemos entre manos. Es un cliente muy importante y no podemos perderlo. Sigue siendo trabajo.

—Podrías llevarte a Daniel contigo. Estaríais unas horas juntos. El niño se muere por pasar algo de tiempo con su padre.

—No puede venir conmigo, es demasiado pequeño.

—No es pequeño. Tiene diez años.

—Otro día, prometido.

—Tus promesas no valen nada —explotó Sara con rencor.

La expresión de Colin se volvió fría.

—¿Te gusta esta casa y el colegio de Daniel? ¿Te gusta que el niño tenga un médico privado, dentista...? Todo eso no lo pagan mis promesas, sino mi trabajo. ¡Joder, deberías darme las gracias por poder vivir como vives, en lugar de quejarte todo el tiempo!

A Sara empezó a hervirle la sangre, pero soltó el aire que estaba conteniendo y se obligó a serenarse.

—Solo te he pedido que pases un rato con el niño. Te necesita, Colin. Eres su padre.

—Exacto, soy su padre, no su amigo. Y mi trabajo pagará algún día su educación, la universidad... No lo hará la puñetera bici. —Entornó los

ojos—. ¿O vas a ocuparte tú? ¿Sabes cuántas camisas tendrías que doblar en esa tienda en la que trabajabas para poder pagar solo la matrícula de un año en Oxford?

Ella guardó silencio, sintiendo cada palabra como un golpe en el estómago.

—Madura de una vez, Sara. No tienes ni idea de cómo son las cosas ahí fuera. Gracias a mí nunca has tenido que preocuparte por nada, pero parece que no es suficiente. Y luego siempre es culpa mía —replicó, ofendido. Dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Sara lo siguió, maldiciéndose por su arrebato. Hacía mucho tiempo que se había prometido a sí misma que no iba a discutir con él. Se recordaba constantemente que debía ser más comprensiva y aceptar a Colin tal como era. Que esa era la vida que había elegido después de todo y que no tenía ningún derecho a quejarse. Lo lograba durante un mes, dos..., pero al final explotaba y acababa sintiéndose como la bruja del cuento.

Eran dos personas muy diferentes, de eso no había duda, y no solo por la diferencia de edad que existía entre ellos: Sara estaba a punto de cumplir los treinta, dieciséis menos que él. Eran opuestos en todo. Ella era sensible y emocional. Él era frío y distante. Sara creía que la felicidad dependía de las personas y los sentimientos; y la de Colin iba en consonancia con su éxito laboral.

—Colin.

—Tengo que irme —masculló.

—Colin, por favor... —insistió Sara.

Su marido se detuvo y, muy despacio, se dio la vuelta.

—Lo siento. No he dormido. Estoy cansada... —se justificó—. No pretendía ser desagradable, ni enfadarme. Es solo que... Llevamos once años juntos y no recuerdo cuándo fue la última vez que nosotros...

El teléfono móvil de Colin empezó a sonar. Lo sacó de su bolsillo y respondió mientras se le dibujaba una sonrisa en la cara.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Viste el partido?... Fue un penalti claro...

Desapareció en su despacho y unos segundos más tarde la puerta principal se cerró con un leve portazo. Sara se quedó en medio del pasillo, con la vista clavada en sus pies descalzos y respirando hondo para no echarse a llorar. Ya debería haberse acostumbrado a quedarse con la palabra en la boca cada vez que sonaba su teléfono. No importaba cuán

trascendente fuera la conversación que estuvieran manteniendo, aquel maldito aparato tenía prioridad absoluta.

Se pasó las manos por el pelo y regresó al salón.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó a Daniel.

El niño asintió con la cabeza, sin despegar los ojos de la pantalla del televisor. Sara fue a la cocina y calentó una taza de leche, le añadió cacao y la puso en una bandeja junto con un trozo de bizcocho y unos cereales. Regresó a la sala y dejó la bandeja en la mesa. Durante un rato observó a su hijo comer. Después ordenó un poco la habitación y recogió los juguetes que poblaban cada centímetro del suelo. Sin darse cuenta acabó frente a la ventana y se quedó mirando la calle, ensimismada.

Vivían en un piso antiguo en el barrio de Covent Garden, en una calle cercana a la plaza central. Era una zona preciosa de la ciudad, en la que se respiraba un ambiente joven y bohemio. Podías encontrar músicos callejeros en cada esquina, pintores y actores que aprovechaban las plazas para exhibir su arte y ganar algunas libras.

A Sara le encantaba vivir en aquel barrio y adoraba su casa, en la que había invertido tanto tiempo y trabajo que en cada rincón se podía apreciar el amor y la dedicación que había volcado en ella. A lo largo de los años, cuidarla había ocupado gran parte de su tiempo. Mientras pintaba paredes, restauraba muebles o cosía nuevas cortinas, sentía que era útil y que aportaba algo a su hogar. Cuando se le acababan las tareas, se dedicaba a cocinar nuevas recetas con las que conseguir algún cumplido de su marido. Cumplidos que nunca recibía.

Necesitaba un trabajo ahora que Daniel había crecido y no demandaba tanta atención. Pero ¿quién iba a contratar a una madre que había abandonado sus estudios al acabar el instituto y cuya única experiencia laboral se reducía a doblar camisas en una boutique masculina? Además, cada vez que sacaba el tema, Colin se mostraba completamente en contra. No dejaba de repetirle la suerte que tenía de poder estar en casa y cuidar de Daniel, de que los tres pudieran vivir con su sueldo y que ella no necesitara trabajar.

«Vamos, Sara, piensa un poco. Dudo que consigas algo mejor que un puesto de cajera en un supermercado, y lo que ganes apenas cubrirá el sueldo de la persona que tendremos que contratar para que se encargue de la casa y del niño. ¿De verdad merece la pena? Además, ya sabes que paso mucho tiempo fuera por mi trabajo. Si tú también sales, apenas nos

veremos. No lo entiendo, en serio, hablamos de todo esto al principio y te pareció bien. ¡Ojalá yo pudiera estar en tu lugar! Todo el día en casa sin hacer nada.»

«Sin hacer nada.» Esas palabras se le habían clavado en el alma y volvían a ella cada vez que se paraba a pensar en los años que llevaban juntos. Colin nunca la había valorado. En cierto modo, se sentía engañada por él. La había convencido de que su lugar estaba en casa, y luego había usado esa misma idea para hacerla sentir como un mueble sin valor.

Se arrepentía tanto del estúpido acuerdo al que habían llegado cuando comenzaron a vivir juntos.

Colin era director creativo en una importante agencia de publicidad. Pasaba mucho tiempo en su oficina, y los viajes fuera de la ciudad eran muy frecuentes. Por eso le había pedido que no trabajara. Era el único modo de pasar juntos todo el tiempo libre del que pudieran disponer, y Sara aceptó con la misma rapidez que accedía a todo cuanto él le pedía. En aquel momento su petición hasta le había parecido romántica.

Ahora ese pacto se había convertido en su prisión. Dependía económicamente de él y esa dependencia había acabado marcando muchos aspectos de su vida, hasta tal punto que, a menudo, empezaba a dudar de que tuviera realmente vida. A lo largo de los años, el papel de madre y esposa se había impuesto en su día a día; la mujer se quedó atrás en algún momento que no lograba recordar. Una mujer incompleta que, pese a su juventud, no creía posible que lograra desarrollarse y conocerse a sí misma. Sin contar con la inseguridad que había arraigado en su interior y la conformidad con un futuro que se asemejaba al de un moribundo sin esperanza. Esos pensamientos la deprimían hasta tal extremo que solo tenía ganas de cerrar los ojos y no abrirlos durante mucho, mucho tiempo.

Y a todo eso debía sumarle que para su marido era completamente invisible desde hacía mucho. A veces tenía serias dudas sobre sus sentimientos hacia ella. Y otras veces se convencía a sí misma de que todos aquellos problemas solo estaban en su cabeza. Después de todo, puede que estuviera siendo egoísta al sentirse insatisfecha. Estaba cansada de oír que el enamoramiento y la pasión en una pareja solo duraba unos pocos meses, y que esos sentimientos solo eran un efecto, una reacción

química de nuestro cuerpo. Lo importante era la relación que se consolidaba después de esa atracción inicial.

No debería sentirse tan vacía porque su marido ya no se comportara como un adolescente enamorado. Aunque tampoco recordaba que lo hubiese hecho alguna vez. Colin era un buen hombre. Sus amigos lo adoraban, sus compañeros de trabajo lo admiraban, recurrían a él para todo. Era consecuente y cumplidor con sus responsabilidades. Por eso trabajaba tanto y su tiempo libre era muy escaso, porque quería que Daniel y ella pudieran tener de todo. Si fuese más comprensiva, podría aceptar que él era así y vivir con ello, del mismo modo que aprendió a vivir con... lo que pasó.

«Todo el mundo comete errores», pensó. Pero unos dolían más que otros.



## 2

Como cada viernes, Sara llamó a su madre por teléfono. Hacía seis años que la mujer había regresado a España y apenas se habían visto desde entonces. Unos pocos días en verano y otros pocos durante la Navidad.

Toda su familia materna era española. Generaciones y generaciones de Martell habían nacido y vivido en Granada, incluida ella. Muchos años atrás, por un guiño del destino, su madre había conocido a Philip, un joven escocés estudiante de Historia que viajaba por el sur recorriendo los paisajes que una vez formaron al-Ándalus. Se enamoraron y él lo abandonó todo para estar con ella. No tardaron mucho en convertirse en padres de un par de mellizos: Sara y Luis.

Cuando Sara tenía siete años, los cuatro se trasladaron a Enfield, un municipio de Londres, donde las posibilidades de trabajo eran mucho mayores que en España.

—Daniel parece muy contento —dijo su madre después de hablar con el niño.

—Tenía muchas ganas de que acabara el colegio. Este curso ha sido un poco difícil para él. —Se apoyó contra la pared e hizo rodar con la punta del pie una pelota de goma—. ¿Qué tal está Luis?

—Ha roto con Laura —respondió su madre con tristeza.

—¿Por qué? Me caía bien.

—Sí, a mí también. Es una buena chica, pero tu hermano dice que no es la adecuada. Que las mariposas han desaparecido. Ya sabes cómo es.

Sara sonrió. Por supuesto que sabía cómo era su hermano. Luis y ella eran tan parecidos que la gente los tomaba por gemelos en lugar de mellizos, y no solo por su aspecto. Él era un romántico impenitente que creía en el karma y en el destino, al igual que ella había creído durante un tiempo.

—¿Cómo está Colin?

—Bueno... —Sara suspiró—. Muy ocupado. Tiene una nueva campaña entre manos y ya sabes cómo es. Pero está bien.

—Me alegro por él. Y ¿tú cómo estás?

—Bien.

—¿De verdad? No lo parece.

Sara guardó silencio. No quería preocuparla con sus problemas ni que se sintiera mal por encontrarse tan lejos. A su madre le había costado un gran esfuerzo regresar a España, pero Enfield había dejado de ser su hogar después de que su marido muriera tras una larga enfermedad.

Volver a Granada le había devuelto algo de alegría, aunque se sentía culpable por haber dejado sola a Sara, sin más familia que la que ella misma había creado, ya que Colin era hijo único y sus padres hacía años que se habían instalado en un pueblecito de la Riviera italiana para disfrutar de su jubilación.

—Estoy bien, de verdad. Además, Christina ha regresado de Nueva York y nos veremos esta tarde.

—¡Eso es fantástico!

—Sí. La he echado de menos.

—Es una buena chica y te quiere mucho. —Su madre hizo una pausa y carraspeó—. ¿Le gustó a Colin el maletín que le compraste por vuestro aniversario?

—Sí, le encantó.

—No me has dicho qué te regaló él.

Sara apretó los párpados muy fuerte y se pasó una mano por la mejilla, que deslizó despacio hasta su cuello. Otro aniversario de boda consecutivo que Colin había olvidado. Como en todos los anteriores, ella había organizado una cena y le había comprado un bonito regalo. Después había fingido con una enorme sonrisa que su descuido no tenía importancia, mientras Colin atendía una llamada tras otra, entre disculpa y disculpa, y la cena se enfriaba en los platos.

Una hora más tarde, se había despertado hecha un ovillo en su butaca. La mesa seguía puesta, las velas encendidas y Colin se había encerrado en su despacho. Continuaba al teléfono, mientras de fondo sonaba la introducción de *Breaking Bad*. Ni siquiera veía la televisión en la sala. El despacho se había convertido en un apartamento en el que hacía casi toda su vida en casa.

—¿Sara? —insistió su madre al ver que no contestaba.

—Unas... unas flores preciosas, mamá.

Se produjo un tenso silencio.

—No se acordó, ¿verdad?

Sara le dio una patada a la pelota y se acercó a la ventana. Apoyó la frente en el cristal y maldijo en silencio.

—Llegó tarde, su teléfono no dejaba de sonar y tuvo que encerrarse en su estudio para atender asuntos del trabajo. Cuando me acosté seguía allí. Ya sabes cómo es, lo primero es lo primero, y tenemos muchos gastos...

—Claro, es normal, no pasa nada. A tu padre también se le olvidó alguna vez.

Sara inspiró hondo y comenzó a jugar con un hilo suelto de su blusa.

—Papá nunca se olvidó de vuestro aniversario. No tienes que decir esas cosas para que me sienta mejor. No estoy disgustada, en serio.

Era mentira. Se sentía muy dolida a pesar de que, a esas alturas, ya debería haberse acostumbrado a sus descuidos. Su aniversario de boda no era la única fecha que se había borrado de la agenda de Colin; algo similar ocurría con su cumpleaños. Y los abandonos continuaban extrapolándose a otras áreas de su vida. Estaba perdiendo la costumbre de llamar a casa cuando se encontraba de viaje, siempre era ella la que acababa llamándole a él, preocupada por la falta de noticias. «Ya sabes cómo son estos viajes», solía decir cuando le recriminaba su dejadez. Se preguntó cuánto tiempo tardaría su marido en darse cuenta de que ella ya no estaba si un día desaparecía sin más. Suponía que dependería de la cantidad de camisas planchadas en el armario. Cinco camisas, cinco días.

Se hizo un largo silencio en el que Sara se moría por saber qué le estaba pasando a su madre por la cabeza. La mujer habló tras un profundo suspiro.

—Sé que no estás disgustada, hija. Siempre has sido una persona muy comprensiva. Colin es un buen hombre y tenéis una buena vida. Eso es lo realmente importante, ¿verdad? El conjunto y no los pequeños detalles —comentó con tono despreocupado.

Sara asintió sin darse cuenta de que su madre no podía verla. Tenía un nudo en la garganta tan apretado que le dolía al respirar.

—Claro. Los pequeños detalles están sobrevalorados —respondió con el mismo tono y cambió de tema.

Sara había quedado con Christina en Neal's Yard, un bar situado en un pintoresco patio con el mismo nombre, que se encontraba entre Shorts Garden y Monmouth Street. Le encantaba ir allí porque cada vez que penetraba en aquel rincón tenía la sensación de abandonar un mundo donde todo era gris para caer dentro de un arcoíris de sentidos. Y no solo por el colorido de las fachadas, las ventanas y las puertas, de los toldos de los comercios y la decoración de las terrazas. La gente que iba hasta allí era especial y a ella le gustaba observarla e imaginar cómo serían sus vidas.

Christina la esperaba sentada a una de las mesas en la terraza del bar. Se puso de pie en cuanto la vio y salió a su encuentro con una enorme sonrisa en los labios.

Sara había conocido a Christina cuando solo era una niña, durante su primer día de colegio en Enfield. Desde entonces nunca habían perdido el contacto, ni siquiera cuando Christina se fue a vivir a Oxford para estudiar en la universidad. Hacían todo lo posible para verse y pasar algún tiempo juntas. Se conocían la una a la otra mejor que nadie y compartían hasta sus secretos más íntimos; también los vergonzosos, y la aceptación de esos en particular era lo que había consolidado su amistad.

No siempre estaban de acuerdo y eran muy distintas. Christina era una rubia exuberante, alta y con un aspecto de mujer fría que intimidaba si no la conocías; impulsiva, segura de sí misma y muy independiente. Sara era todo lo contrario, una preciosa muñeca de grandes ojos marrones y melena de color chocolate. Era inteligente y divertida, caía bien a todo el mundo. Pero bajo la superficie se escondía una persona llena de inseguridades, complaciente hasta olvidarse de sus propias necesidades y preocupada en exceso por todo. Siempre alterada, siempre triste, cada vez más solitaria.

—¡Hola, Sara! —exclamó Christina, apretujándola entre sus brazos—. Te he echado de menos. —Dio un paso atrás para observarla de arriba abajo—. Mírate, siempre estás estupenda.

Después se inclinó hasta quedar a la altura de Daniel, que la miraba con adoración.

—¿Cómo está mi chico favorito?

—Muy bien, tía Chris. ¿Me has traído algo de Nueva York?

—¡Daniel! —lo reprendió Sara.

—Eh, deja al niño —replicó Christina—. Tiene confianza conmigo para eso y mucho más. —Miró a Daniel y le guiñó un ojo—. Tengo un regalo para ti que te va a encantar. Y a tu madre también le he comprado una cosita.

—No tenías que... —empezó a protestar Sara.

—Siempre me dices lo mismo y yo siempre acabo comprándote algo. ¿Te das cuenta de lo inútil que es esta conversación?

Sara puso los ojos en blanco y le dedicó una sonrisa.

Se sentaron a la mesa y el camarero las atendió enseguida. Con una cerveza bien fría entre las manos, Christina le contó con todo lujo de detalles cada una de sus peripecias durante las dos últimas semanas. Incluido el chispeante encuentro que había tenido con un joven pintor, al que había conocido durante la inauguración de una galería de arte.

A Christina le gustaba divertirse y los hombres guapos formaban parte de sus distracciones. No podía evitarlo. Se derretía por los chicos jóvenes, atléticos y bien dotados. Su agenda de amantes estaba repleta de universitarios que compartían sus mismos intereses: buen sexo y ningún compromiso. En cuanto intuía que esas premisas comenzaban a cambiar, desaparecía y nunca volvía a llamar al tipo en cuestión.

Sara siempre acababa preguntándose si sería capaz de llevar ese estilo de vida. Infinitud de amantes y relaciones sin amor basadas solo en el sexo. Ella solo había tenido esa intimidad con dos hombres y había estado enamorada de ambos. El primero había sido Liam Bale, un vecino dos años mayor que ella. Habían salido juntos durante tres meses antes de que decidiera entregarle su virginidad como regalo de cumpleaños. La experiencia había sido un desastre en todos los sentidos y, después de esa primera vez, la dejó sin darle ninguna explicación. Aún se avergonzaba por haber sido tan ingenua e idiota. El segundo y último había sido Colin, y su relación íntima era... complicada.

—Estoy agotada, en serio, si tengo que coger otro avión en los próximos días, dimito —dijo Christina con un suspiro al tiempo que apoyaba los codos en la mesa y la barbilla entre las manos—. ¿Y tú qué te cuentas?

Sara se encogió de hombros.

—No mucho. Mi vida social se reduce a ir al mercado y llevar a Daniel al parque. Ya lo sabes.

—Cariño, necesitas vivir un poco más. ¿Por qué no te apuntas a ese curso de decoración que querías hacer? Se te da bien y deberías intentarlo.

—Lo estuve mirando, pero es imposible que pueda asistir. Las clases acaban muy tarde y no llegaría a tiempo de preparar la cena para Daniel. Ni siquiera para acostarle.

Christina resopló, y le echó un vistazo al hijo de su amiga, que jugaba al otro lado del patio.

—Pues que lo haga Colin. Sale del trabajo a las seis y el curso es los martes y jueves de siete a nueve. ¿Vas a decirme que no puede encargarse de su propio hijo durante un par de horas?

Sara suspiró y miró de reojo a una pareja que se hacía arrumacos en un banco cercano. La chica estaba sentada a horcajadas sobre él y se susurraban palabras entre beso y beso. No pudo evitar fijarse con más detenimiento en ellos. Él era un tipo grande y fornido, y estrechaba a la chica entre sus brazos. La miraba de un modo tan intenso que era imposible no darse cuenta de que debía de ser el eje sobre el que giraba su mundo.

Sara sintió frío y un pellizco de ansiedad en el corazón. Se preguntó si alguna vez sentiría lo que esa chica estaba viviendo en ese momento. Un hombre que la mirara de ese modo, unos brazos estrechándola de esa forma tan visceral, unos labios bebiéndosela con esa vehemencia. Apartó la mirada y la clavó en su amiga.

—Si con encargarse te refieres a que se encierre en su despacho, sin acordarse de que en casa hay un niño al que vigilar y que come algo más que refrescos y palomitas... Pues sí, podría.

Christina se pasó las manos por la cara sin importarle que pudiera estropear su perfecto maquillaje. Lanzó una mirada a la pareja que Sara no dejaba de observar y suspiró.

—Sara, tienes que aprender a relajarte. Tu hijo ya tiene diez años, es un hombrecito capaz de cuidarse solo durante un rato. Tienes que confiar un poco más en él. Y no pasa nada porque un par de veces a la semana cene palomitas. No va a darle ninguna apoplejía ni nada de eso.

Sara sonrió. Sabía que su amiga tenía razón. No tenía por qué pasar nada. Solo debía inscribirse en ese curso y distraerse durante un par de

horas, dos tardes a la semana. Saldría sola, conocería gente y haría algo que le gustaba. Podía hacerlo. O eso quería creer, porque al final nunca daba el gran paso y permanecía al otro lado del muro invisible que ella misma había levantado. Su imposibilidad para decidir y actuar se había convertido en un problema muy serio. Se estaba volviendo una inválida anímica.

—Vale, puede que lo intente en septiembre —dijo Sara sin estar muy convencida—. Ahora pensemos en las vacaciones. Vendrás con nosotros a Granada, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Ya sabes que adoro a tu madre y que me encanta como cocina. Pero solo podré quedarme unos días. Tengo que ir a Tullia y puede que deba quedarme allí hasta finales de agosto. ¡Adiós a mi crucero por las islas griegas! —resopló con amargura.

—¿Y eso?

—Las reformas del *château* se están retrasando y no sé por qué. Pero si no avanzan, no podré abrir el hotel en septiembre. —Alzó las manos, exasperada—. ¿A qué... a qué padre se le pasa por la cabeza dejar como última voluntad que invierta su pequeña fortuna en esa vieja casa para intentar convertirla en un hotel? En serio, creo que lo hizo a propósito para fastidiarme porque sabía que no me negaría a algo así. Mi abuela decía que no se debe jugar con la última voluntad de un difunto o este te perseguirá hasta verla cumplida.

Sara ya estaba acostumbrada a los comentarios místicos de su amiga, pero no dejaba de ser curioso que alguien como Christina creyera en fantasmas y maldiciones. Todo se lo debía a sus orígenes armenios. Sus abuelos habían emigrado a Francia buscando nuevas oportunidades. Allí nació su padre, Hakab, cerca de Marsella, donde años más tarde se casó con una inglesa, licenciada en Política, con la que acabó manteniendo una extraña relación a distancia. Christina fue el fruto de esa unión y en ella habitaban dos formas de vida completamente opuestas que chocaban entre sí casi todo el tiempo.

—¿Y tú la creías?

—Mi abuela veía cosas, Sara. No hay que tomarse a broma esos temas. Y por ese mismo motivo voy a convertirme en la propietaria de un hotel en un pueblo de apenas dos mil habitantes, que ni siquiera aparece en los mapas. ¡Madre mía, debo de estar loca, como una cabra!

Sara se echó a reír.

—No sé, para mí no es tan terrible. Me gusta la idea y parece una buena inversión.

Christina entrecerró los ojos, que eran del mismo tono que el acero, aunque no tan fríos. En ellos se podía ver lo preocupada que estaba con todo aquel asunto.

—Eso espero. He invertido casi todo lo que me dejó en ese lugar. No podré ocuparme de su gestión en persona y necesitaré un gerente que se haga cargo. Si no da beneficios, no podré mantenerlo. No con mi sueldo —admitió en voz baja.

Sara alargó la mano sobre la mesa y asió la de Christina. Le dio un ligero apretón en el que volcó todo su afecto y confianza en ella.

—No te agobies, ¿vale? Va a salir bien. ¿Te haces una idea de cuánta gente elige la Provenza para sus vacaciones? Es una zona preciosa y romántica. Estoy segura de que habrá lista de espera para alojarse en tu *château*.

Christina le devolvió el apretón y una sonrisa le iluminó la cara.

—¿Qué sería de mí sin ti? —Miró de reojo a un camarero que servía pizzas en la terraza de un restaurante cercano—. Yo debería estar buscando al hombre perfecto para mí, y no comiéndome la cabeza con todos estos problemas.

—El hombre perfecto no existe.

—Por supuesto que no, por eso he dicho el hombre perfecto para mí. Ya sabes, metro noventa, cuerpo de nadador, la cara de Gerard Butler y que haga el amor como un ángel.

—Lo ángeles no tienen sexo —señaló Sara con una risita.

—Y un cuerno. Adrian Mitchell es un claro ejemplo de que sí y sabe cómo usarlo. Dios, con él sentaría la cabeza. Quiero a Adrian Mitchell en mi vida.

—Es el personaje de una novela. No es real. El hombre perfecto para ti... —Entrecomilló con los dedos las palabras— Al menos debería ser de verdad, ¿no crees?

Christina se llevó la mano al pecho, ofendida.

—¡Ya, como que el tuyo lo es!

—¿El mío? —inquirió Sara desconcertada. Se había perdido por completo.

Christina entornó los ojos con malicia y empezó a hurgar en su bolso. Sacó su cartera y la abrió. En pocos segundos la mesa estaba llena de tarjetas, billetes, monedas, tickets de compra...



—¡Aquí está! —exclamó mientras desdoblaba un trozo de papel de color amarillo.

Sara se llevó la mano a la boca, sin dar crédito a lo que estaba viendo. Sus ojos, abiertos como platos, iban del rostro de su amiga al papel y de vuelta a su amiga.

—No puedo creer que conserves eso después de tanto tiempo —surró emocionada. Muchos años atrás, cuando solo eran unas adolescentes que empezaban a interesarse por los chicos, escribieron una lista en la que cada una describía a su hombre perfecto.

—Por supuesto que lo conservo. Esto es como un testamento, una cápsula del tiempo. —Extendió el papel sobre la mesa y lo alisó con la mano—. El hombre perfecto de Sara —anunció, y pasó a enumerar todos los puntos de la lista—: Alto, guapo, deportista, con un cuerpo atractivo, amable, con sentido del humor... Sin miedo a demostrar sus sentimientos, que no le importe hacer el ridículo, que sepa cocinar... —Alzó la mirada hacia Sara y arqueó una ceja. Su amiga se ruborizó—. Muy real, ¡eh! Espera, que esto solo es el principio. Que sepa bailar, que tenga un grupo de rock y, a ser posible, que sea el vocalista. Generoso, fiel, sincero y que esté bien dotado. Vamos, que cargue bien, muy bien.

Sara soltó un grito de vergüenza y le arrancó el papel de las manos.

—Yo nunca dije eso. —Repasó la lista y se puso colorada.

—Indicaste claramente que debía ser una maravilla en la cama, hasta el punto de volverte loca y lograr que te desmayaras —le recordó Christina, fingiendo abanicarse, y empezó a partirse de risa.

—Tenía dieciséis años —susurró Sara, como si eso lo explicara todo.

Las carcajadas de Christina aumentaron de volumen. Miró al cielo.

—Eros, Cupido, o como diablos te llames. Llevas un retraso de catorce años, ya va siendo hora de que nos pongas en tu lista de prioridades.

Sara bajó la cabeza, fingiendo que no se había dado cuenta de que todas las caras se habían vuelto hacia ellas.

—Estás loca —comentó mientras le devolvía el papel.

Christina hizo un gesto negativo con la mano.

—Quédatelo tú y pégalo en la puerta de la nevera. Con un poco de suerte, un día de estos aparece en tu vida esa maravilla.

Esa misma noche, Daniel se durmió temprano. Sara aprovechó ese preciado tiempo extra para prepararse un baño, dispuesta a sumergirse en agua caliente hasta que su piel se arrugara como una pasa. Mientras llenaba la bañera, descorchó una botella de vino tinto y encendió unas velas aromáticas. El baño se transformó en un escenario irreal. La luz vacilante de las llamas se reflejaba en los azulejos blancos y una ligera nube de vapor, con olor a canela, se extendió cubriendo las paredes.

Se quitó la ropa, sin prisa, mientras observaba cada uno de sus movimientos en el espejo. Hacía mucho tiempo que no se detenía a mirarse. Le había crecido el pelo y ahora le llegaba hasta media espalda. Una melena castaña que en los últimos años tenía una tendencia preocupante a rizarse y encrespase. Sus ojos marrones ya no brillaban, un velo mate y nostálgico los cubría.

Había perdido peso y sus pechos, más pequeños que unos años atrás, comenzaban a rendirse a la ley de la gravedad. Aun así, continuaban siendo bonitos. Los cubrió con sus manos y los sostuvo notando su peso, la redondez de su forma. Muy despacio, bajó las manos siguiendo el contorno de su vientre y sus caderas. No tenía la figura perfecta de las modelos de las revistas, pero estaba bastante bien y siempre se había sentido a gusto con su cuerpo y su desnudez.

No era su aspecto lo que fallaba en ella.

Se recogió el pelo en un moño y se deslizó dentro de la bañera. Suspiró y disfrutó de la sensación de que cada músculo de su cuerpo se aflojara poco a poco hasta convertirse en un trozo de mantequilla, derriéndose por el calor. Tomó la copa de vino y se bebió la mitad de un solo trago. Se secó las manos y alcanzó el libro, que había dejado sobre el taburete. Sonrió con cierta melancolía. Siempre se había conformado con muy poco: vino, velas y una lectura. No era un mal plan para un viernes por la noche.

Pasó la siguiente página con un nudo en la garganta. Notaba la falta de aire en sus pulmones e inspiró hondo. Releyó el mismo párrafo una vez, y luego otra. Tragó saliva y volvió a inspirar hondo mientras su piel se erizaba con un festival de escalofríos. La escena era sutil, apenas insinuada, un encuentro inesperado cargado de tensión y sensualidad. La leyó de nuevo, consciente de su pulso acelerado y del calor entre sus piernas.

Al principio, que su cuerpo despertara de esa forma a unas sensaciones tan íntimas e intensas, hacía que se sintiera incómoda. Mimarse y

liberarse de la tensión acababa provocando en ella una tristeza impregnada de culpabilidad. No estaba haciendo nada malo y, aun así, cuando su cuerpo se relajaba tras la rápida escalada, se sentía como si estuviera cometiendo un delito con la premeditación y la alevosía de un delincuente peligroso. Y se avergonzaba por ello.

Más tarde, quizá por la madurez que dan los años, o porque simplemente abrió los ojos y vio más allá del velo inocente tras el que se escondía, se dio cuenta de que estaba viva por más que intentara ignorarlo. No podía sentirse culpable por comer cuando tenía hambre, por dormir cuando estaba cansada, por quererse un poco cuando su cuerpo le reclamaba atención. Al menos, durante un rato, podía fantasear y dejar de sentir esa frustración constante.

La puerta del baño se abrió de golpe y Colin entró, cerrando a continuación con el pie. Sus ojos volaron hasta la bañera y se abrieron de golpe.

—Ah, hola. No sabía que estabas aquí. Imaginé que ya estarías durmiendo.

Sara sonrió, mientras el corazón le latía con fuerza contra las costillas. ¿Se habría dado cuenta su marido de lo que estaba haciendo bajo el agua?

—Daniel se durmió temprano y he aprovechado para darme un baño.

—Estupendo —respondió él sin más.

Se dirigió a la ducha y abrió el grifo. Mientras el agua caía, empezó a desnudarse. Sara se lo quedó mirando. Aún continuaba alterada; el susto y la vergüenza por si había sido descubierta no habían aplacado su necesidad. Su marido era un hombre apuesto. Siempre había lucido un espeso cabello castaño —ahora salpicado con algunas canas y unas leves entradas que trataba de disimular llevándolo un poco más largo—, y tenía unos preciosos ojos azules, ligeramente rasgados hacia abajo. Pasaba tantas horas sentado que su cuerpo ya no era el mismo de diez años atrás, pero continuaba siendo atractivo.

—¿Vas a ducharte? —inquirió, ruborizada hasta las orejas. La pregunta era absurda, pero no se le ocurría otra forma de entablar conversación. Colin asintió sin mirarla—. Aquí hay sitio para los dos y el agua aún está caliente. ¿No te apetece que pasemos un rato juntos? Hace mucho que no estamos solos.

La seductora invitación salió de su boca sin que pudiera evitar que le temblara la voz. Apoyó los brazos en el borde y se elevó un poco, de modo que sus pechos emergieron entre la espuma. Colin la miró de soslayo y su cara no mostró ninguna emoción. Empezó a negar con la cabeza mientras se quitaba los calzoncillos y se dirigía a la ducha con el cuerpo tan inexpresivo como su rostro.

—Mejor no. Estoy cansado y no me encuentro bien. Creo que estoy incubando algo. Disfruta de tu baño —murmuró.

Sara volvió a sumergirse en el agua, de repente demasiado fría, y se quedó mirando el techo con un nudo de ansiedad estrujándole el estómago. Salió de la bañera, incapaz de permanecer quieta. Se sentía fatal. No se molestó en secarse, ni en vestirse, y cubierta de espuma agarró la copa de vino y abandonó el baño.

Se sentía tan estúpida que la vergüenza amenazaba con provocarle un ataque de nervios. No sabía qué le había llevado a insinuarse, aunque lo hubiera hecho de un modo tan discreto. Hacía mucho que Colin no mostraba ningún interés en estar con ella; y ella había dejado de esperar.

A Sara le costaba entender cómo habían llegado a esa situación. Quizá la culpa solo fuese suya por no haber sabido mantener su atención. Había llegado a la conclusión de que quizá su falta de iniciativa había sido uno de los motivos que había provocado el aburrimiento de su marido. Ella nunca había sido capaz de dar el primer paso. No sabía muy bien por qué, pero siempre se bloqueaba, por mucho que lo deseara. Cuando se excitaba y quería hacer el amor, lo buscaba haciendo que Colin se fijara en ella: cambiaba su pijama por un conjunto de ropa interior sexy, o se acostaba completamente desnuda con un repentino golpe de calor... Y funcionaba. Colin acababa entre sus piernas y, una vez allí, ella se sentía bien por estar junto a él, por tenerle de ese modo.

Pero, poco a poco, las cosas habían ido cambiando entre ellos. Él comenzó a distanciarse y dejó de fijarse en las pistas de Sara. Ella, lejos de armarse de valor y cambiar de estrategia, se volvió más insegura. Las noches se convirtieron en horas de insomnio y frustración sexual, de tristeza por no ser capaz de superar aquella extraña parálisis que le entraba cada vez que pensaba en acercarse a él. Lo que para otras mujeres parecía tan fácil y natural, para ella era como saltar al vacío sin paracaídas. ¡No tenía valor para hacerlo!

El tiempo fue pasando y su relación se complicó cada vez más. Ella no lo buscaba, aunque se muriera por hacerlo; y él no parecía necesitarla. La intimidad fue la primera pérdida, después la siguieron otras más importantes como la confianza y la seguridad.

Podría parecer que atribuía demasiada importancia al sexo, pero siempre había pensado que era el reflejo perfecto del estado de una relación. Una pareja joven y sana que no hace el amor durante meses tiene un problema. Además, ¿quién no se sentiría bien en los brazos de la persona que ama, mientras la colma de besos y caricias, mientras sus cuerpos se acoplan durante el baile más íntimo y apasionado que existe?

Quizá Colin había acabado por darse cuenta de que él era el único que llegaba a la cima.

# 3

El sábado amaneció con un cielo brillante y despejado. Sara abrió las ventanas y dejó que el aire refrescara la casa. Después se dirigió a la cocina a preparar la primera cafetera del día.

Colin apareció tras ella. Con el teléfono apenas sujeto entre el hombro y su oreja, empezó a prepararse uno de sus batidos vitamínicos. Mientras lo agitaba enérgicamente con una cucharilla, escuchaba muy concentrado la voz al otro lado del aparato. Respondía con monosílabos y, de vez en cuando, en su boca se dibujaba una leve sonrisa.

Sara se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa sin dejar de observarlo, intrigada por la conversación. Colin comenzó a rebuscar en los armarios. Sus cejas se unieron con un gesto de disgusto y la búsqueda se convirtió en algo compulsivo. Ella se puso de pie y fue hasta el lavavajillas, lo abrió y sacó una jarra de metal con tapa de plástico. Él se la arrebató de la mano, con una mirada elocuente que era una clara reprimenda: «Ese no es su sitio, Sara. Ya sabes que quiero que estas cosas se laven a mano».

Sara soltó un suspiro ahogado, agarró su taza y salió de la cocina. El humor de su marido era tan variable como el tiempo. Su carácter meticuloso se había convertido en un problema para ella, sobre todo porque no era adivina y él debía de creer lo contrario, teniendo en cuenta cómo se enfadaba si la camisa azul no se encontraba junto a los pantalones grises, o si la camisa gris no estaba planchada para combinarla ese día con el traje negro.

Se acomodó en su butaca y, entre sorbos de delicioso café, comenzó a leer. Perdió la noción del tiempo sin darse cuenta. Tenía una facilidad extraordinaria para perderse en otras vidas. Cuando levantó los ojos, Daniel estaba en el sofá, jugando con su consola y comiendo chocolate.

—¡Eh! ¿A eso lo llamas tú desayuno?

Se puso de pie y dejó a un lado la taza y el libro. Daniel le dedicó una sonrisa traviesa, que mostró unos dientes manchados de cacao. Le quitó la chocolatina y la consola de las manos y tiró de él hasta ponerlo de pie. Le dio un beso en la frente y lo empujó hacia la cocina mientras él se hacía el remolón.

—¿Quieres tostadas? —le preguntó.

—¿Cereales? —replicó el niño con un inocente parpadeo.

Ella puso los ojos en blanco. Preparó un bol con leche y le añadió una generosa ración de cereales recubiertos de chocolate. Lo colocó frente a su hijo.

—Voy a darme una ducha. Cuando salga, espero que te lo hayas comido todo.

Daniel movió la cabeza y se metió una cuchara rebosante en la boca. Ella se lo quedó mirando unos segundos. Sabía que era una madre demasiado protectora y asustadiza. Casi nunca se separaba de él. Dejarlo a cargo de otra persona, que asistiera al cumpleaños de uno de sus amigos o a una excursión del colegio, le suponía una tortura. Se imaginaba mil y un accidentes posibles. Sabía que su comportamiento era exagerado e irracional, pero no podía evitarlo. Era madre y la exageración de todos los miedos y las obsesiones más absurdas iban implícitas en el rol. Daniel era lo único que tenía en el mundo, lo único realmente suyo, y la persona por la que se sacrificaría sin importarle el precio. De hecho, ya lo estaba pagando al continuar dentro de aquel matrimonio.

Christina le había preguntado muchas veces por qué aguantaba. Ella sabía la respuesta a esa pregunta, estaba dentro de su cabeza, pero no era capaz de transformarla en palabras, solo en emociones.

Colin salió de su despacho y se cruzó con Sara en el pasillo. Aún continuaba en pijama y apuraba el batido de su vaso.

—Ah, iba a buscarte —dijo al verla—. Esta noche vendrán unas personas a cenar a casa. Nueve en total.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Quiénes? —preguntó, y sus cejas comenzaron a unirse con una expresión de enfado.

—Compañeros de trabajo: Randy, Fedrik y Natasha, Clayton, Wade, Jeroen... y sus acompañantes —explicó, pasando por su lado de regreso a la cocina.

Sara lo siguió, más molesta a cada segundo que pasaba.

—¿Nueve? ¿Esta noche? —repetió sintiéndose idiota. En su mente aparecieron montones de recuerdos de cenas pasadas y su corazón se aceleró—. ¿Has organizado una cena sin consultarlo conmigo primero?

Colin se detuvo y se dio la vuelta.

—Ha surgido así, ¿vale? Es importante. Además, nos vendrá bien relacionarnos con más gente...

—¡Colin, no puedes organizar una cena para nueve personas sin consultarme primero! —explotó.

Él resopló bastante irritado y la miró con inquina. Su mandíbula se tensó.

—Siempre estás igual. Nunca quieres que venga nadie a casa. Te molesta que intente quedar con amigos y con esa actitud empezamos a quedarnos solos. Ya nadie nos visita, ni nos llaman para salir. Nunca quieres hacer nada... —Extendió ambas manos, impotente—. ¡Estoy harto!

—¿Cómo puedes decir eso? —Sara intentó mantener la voz serena, pero no pudo. Llevaba tanto tiempo alterada que la mecha de su paciencia era demasiado corta y estallaba por nada—. Esta casa siempre ha estado llena de gente: amigos, compañeros de trabajo, familia... Comidas, cenas, hasta semanas enteras como si esto fuese un hotel. ¿Ya se te ha olvidado el tiempo que Josh y Lance han pasado en esta casa? Si prácticamente vivían aquí.

—¿Y cuánto hace de eso? —replicó él a la defensiva—. Hace mucho que no hacemos nada con nadie.

—¿Y quién tiene la culpa?

Colin resopló y su mirada se encendió.

—¿Me estás acusando a mí? Eres tú la que no quiere tener amigos, la que no quiere que nadie nos visite. Y de salir mejor ni hablamos...

Sara lo miró de hito en hito, sin entender cómo podía él tergiversar la realidad de ese modo.

—¿Amigos? Son tus amigos, no los míos. Nunca te ha interesado conocer a mis amigos.

—Pero... ¿tienes alguno? —se mofó Colin, y añadió con desdén—. Porque yo solo conozco a esa loca, Christina.

—Tenía amigos, Colin, pero a ti nunca te interesaron. Y al final...



—Hippies y vagos —la cortó él—. Esa gente no te convenía. Si fueses más espabilada, te darías cuenta de que mis amigos son un buen espejo en el que mirarte. Ni siquiera lo has intentado en todos estos años.

—Eso es injusto. Nunca... nunca has hecho nada para que me sienta integrada. Prácticamente te olvidas de que existo cuando estamos con otras personas. Tú mejor que nadie sabes por qué no quiero cenas, ni salidas, ni nada.

—Venga ya. ¿No irás a salirme otra vez con eso? —rezongó Colin en tono burlón.

—¿Con eso?! —exclamó Sara—. Acabé hasta las narices de invitar a gente a casa porque lo único que hacía era trabajar como una mula. Limpiaba, cocinaba, servía y atendía a un niño pequeño, mientras tú te comportabas como un invitado más. Nunca me echaste una mano. Nunca me ayudabas a nada. Al contrario, exigías y pedías, y actuabas conmigo como si en lugar de tu esposa fuese un servicio de catering cualquiera al que habías contratado. —Se dobló hacia delante como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Estaba gritando, histérica—. Y esos amigos de los que hablas. Nunca he tenido una conversación de verdad con ninguno de ellos, y no porque no lo haya intentado. Es imposible hablar con alguien cuando tú estás en la misma habitación. Parece algo personal cómo te inmiscuyes, interrumpes y boicoteas cada intento. Sin contar con esa desagradable manía de dejarme en evidencia y bromear a mi costa. ¿Te sigues avergonzando de mí?

—Pero ¿qué dices? ¿De dónde sacas ese disparate?

—De tu actitud. Siempre alabando lo listas que son las esposas de tus compañeros, los idiomas que hablan, lo mucho que ganan, las enormes casas impolutas y perfectas que mantienen sin romperse una uña... Y a mí solo me criticas.

—Joder, Sara, distorsionas la realidad —repuso Colin, mirándola como si estuviera loca—. Pero si ese es el problema, no te preocupes. Les hablaré a todos de lo estupenda que eres cuando no pierdes el juicio, y te ayudaré con la casa y la jodida cena.

—No dará tiempo. Apenas faltan unas horas.

—Prepara cualquier cosa, lo que sea. Ya se te ocurrirá algo. No puedo echarme atrás esta noche. Lo siento —dijo él, zanjando la conversación. Sacó dinero de la cartera y se lo entregó—. Con eso tendrás suficiente.

Sara volvió a mirar el reloj. Ya eran las seis y media de la tarde y el día se le había escapado sin darse cuenta. Entre hacer la compra, limpiar la casa y preparar la cena, las horas habían pasado como un suspiro. La salsa aún borboteaba en la cazuela; el pollo terminaba de hacerse en el horno; el fregadero estaba hasta arriba de platos sucios y el lavavajillas lleno, y ella se había quedado sin tiempo para ducharse y arreglarse un poco.

Inclinó la cabeza y se olió la ropa. Apestaba a frito, al igual que su pelo. Bajó el fuego de la cazuela y se dirigió a su alcoba para cambiarse. Daniel jugaba en el salón, junto a la mesa. Sus figuras de acción ocupaban el borde de las sillas y había usado las servilletas como tiendas de campaña. No solo eso, sino que dos cajas de juguetes habían abandonado misteriosamente su habitación y ahora estaban esparcidas por el suelo.

—Daniel, ¿qué estás haciendo? Me prometiste que ibas a portarte bien —le recriminó.

—Es que me aburro y en la tele no hay nada.

—Pues juega en tu habitación —le sugirió ella con la voz demasiado aguda por los nervios—. Mira que desastre, y los amigos de tu padre están a punto de llegar. Quiero que recojas todo eso ahora mismo, ¿está claro? —masculló mientras volvía a doblar las servilletas. Resopló al ver una mancha enorme en una de ellas y sacó otra limpia del aparador.

Daniel se dejó caer en el sofá con las piernas colgando por el reposabrazos.

—Estoy cansado, ¿por qué no lo recoges tú?

—¿Acaso he organizado yo todo este desastre? Lo vas a recoger con las mismas ganas que lo has sacado. ¡Ya! —gritó al comprobar que no se movía del sofá.

—¿Queréis dejar de gritar? Siempre estáis igual. ¿No podéis hablar como personas normales? —se quejó Colin al entrar en la sala.

Acababa de ducharse y se había vestido con unos pantalones de lino beis y una camisa blanca. Iba perfectamente afeitado y peinado. Sara lo miró de arriba abajo, a punto de perder los nervios. Llevaba todo el día encerrado en su despacho, pegado al teléfono y al ordenador.

—¿Que no grite? ¿Has visto cómo está todo esto? —El labio inferior le temblaba de una forma visible—. Dijiste que me ibas a ayudar y no has movido un solo dedo.

—Tenía que terminar ese informe —se justificó él. Se encogió de hombros, quitándole importancia—. Vale, dime qué hago.

Sara se pasó una mano por la frente y después por el pelo. Se ahogaba entre tanta frustración.

—Hay que recoger la cocina. Está hasta arriba. Rellenar las tartaletas, aliñar la ensalada y poner a enfriar el vino —le explicó mientras enfilaba el pasillo hacia el dormitorio.

—Acabo de vestirme. No puedo hacer esas cosas con esta ropa —protestó Colin—. Además, a ti se te da mejor que a mí. Seguro que estropeo algo.

Sara se detuvo. Sentía que se le saltaban las lágrimas y que el estómago se le crispaba por las náuseas. Tenía dos opciones: terminar de perder los nervios o guardar silencio y tragárselo todo como hacía casi siempre. Optó por la segunda, la más fácil, la más amarga.

Sacó del armario un vestido de color azul noche y se lo puso sin mirarse ni una sola vez en el espejo. Unos zapatos planos de color negro completaron su atuendo. Entró al baño a toda prisa. Tendría que hacerse una coleta con la que disimular el desastre que era su pelo. Se quedó inmóvil en medio de la estancia. La encimera del mueble del lavabo estaba repleta de cosas: espuma de afeitarse y una maquinilla, desodorante, crema hidratante... Había ropa en el suelo, la alfombra colgaba de la mampara de la ducha, cuyo plato rebosaba de espuma de jabón. Estaba hecho un desastre. Todo el día esforzándose por su estúpida cena para nada.

Alzó la vista y se encontró con su propia mirada en el espejo, inexpressiva y fría. Nada que ver con la rabia que sentía en su interior. Desvió la mirada y trató de respirar de forma normal. Se estaba ahogando en tristeza. Emitió un trémulo suspiro. Solo quería meterse en la cama y dormir.

No quería que todas aquellas personas vinieran a casa. No quería hablar con nadie ni poner buena cara. No quería pasarse la noche sirviendo platos, bebidas, limpiando y recogiendo. No quería volver a sentirse desplazada ni insignificante por no tener un trabajo del que hablar, un viaje que contar, una decena de anécdotas que compartir y un millón de chistes privados que no podía entender.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras limpiaba con una toalla el espejo y el lavabo y guardaba toda la ropa en el cesto de la colada.

El timbre de la puerta sonó. Se secó la cara. Después inspiró hondo varias veces al tiempo que se cepillaba el pelo. Compuso la mejor de sus sonrisas y se preparó para interpretar su papel, algo que se le daba de maravilla. La esposa perfecta, la anfitriona ideal. El truco estaba en no dejar que nadie la viera de un modo que no fuera alegre y encantador, aunque por dentro su corazón estuviera hecho trizas.

Poco a poco, fueron llegando los invitados.

—¡Sara, estás preciosa! —exclamó Randy nada más cruzar la puerta. Se dieron un rápido abrazo. Una pelirroja de grandes pechos sonreía colgada de su brazo—. Sara, te presento a Mindy. Mindy acaba de llegar desde Austria para hacer unas prácticas en el Museo Británico. Se ha instalado en mi edificio y últimamente me he convertido en su guía turístico personal —aclaró con un tonito confidencial y una sonrisa maliciosa.

Sara saludó a Mindy con un ligero apretón de manos.

—Un placer conocerte, Mindy. ¿Por qué no pasáis al salón? Han llegado casi todos y Colin está sirviendo el vino —les sugirió mientras los acompañaba.

Regresó a la cocina y terminó de fregar los últimos utensilios. Sin tiempo para respirar, comenzó a servir los entrantes y los llevó hasta la mesa.

—¡Sara, esto tiene una pinta estupenda! —la alabó Fedrik, tomando una tosta con tomate, queso de cabra y pasas—. ¡Está de muerte! —dijo con la boca llena—. Tienes... tienes que darnos la receta.

Sara le agradeció el cumplido con una sonrisa sincera. Fedrik era un hombre encantador. Él y Natasha, su esposa, fueron los primeros amigos de Colin a los que conoció cuando se instaló con él en Londres. Eran una pareja divertida y natural. Le caían bien.

Colin soltó una breve y queda carcajada. Sara levantó los ojos para mirarlo. Todos los invitados se concentraban a su alrededor, escuchando absortos los detalles de la última campaña que había diseñado para una emergente cadena de gimnasios. Él causaba ese efecto en los demás. Mostraba una plenitud y una seguridad que apabullaba. Era inteligente, competitivo e insaciable en el trabajo, incluso agresivo en su forma de ver el mundo. Conseguía que creyeras que no existía nadie más brillante e inspirador. Ella también lo había sentido al principio, hasta que descubrió que en la intimidad era alguien completamente distinto.

Colin apuró de un trago el vino de su copa y giró la cabeza, buscándola con la mirada.

—Cariño, ¿te importaría traer otra botella de tinto? —le pidió, esbozando su sonrisa perfecta, esa que usaba para encandilar a sus clientes.

Sara tuvo que hacer malabarismos con la bandeja repleta de copas sucias que acababa de recoger. Le sostuvo la mirada un largo segundo. «¿No puedes ir tú, cariño?», pensó enfadada.

—¡Claro! —respondió con una sonrisa estática en la cara.

Regresó a la cocina y sacó el vino de la nevera. Un ligero olor a quemado llegó hasta su nariz.

—Mierda.

La salsa se estaba pegando y se apresuró a apartarla del fuego. La cambió de recipiente y la probó. Resopló con disgusto. Iba a ser imposible enmascarar el sabor.

—Mami. —Daniel entró en la cocina arrastrando los pies—. No encuentro mi cómic de los Vengadores.

—Ahora no, cielo.

—Pero es que lo quiero. Me aburro —se quejó el niño.

—¿Por qué no vas y le pides a papá que te ayude a buscarlo? —sugirió con toda la paciencia que logró reunir.

Le echó un vistazo a las tartaletas. Debía servir las ya. El hojaldre empezaba a humedecerse y perdía toda la gracia si no estaba crujiente. La alarma del horno comenzó a sonar con un pitido insistente.

—Papá me ha dicho que venga a pedirte a ti —contestó Daniel—. ¡Mamá, búscalos! —insistió.

Sara se quedó inmóvil un segundo. Apretó muy fuerte los párpados y respiró hondo. Como si no tuviera ya bastante. ¿Ni siquiera podía ocuparse de su propio hijo un instante? Lo sabía, sabía que pasaría exactamente lo que estaba pasando. Ella se encargaría de todo mientras él se comportaba como un invitado más. Exigiría, pediría y la agobiaría hasta el último momento. Ella haría todo lo posible para que la velada fuese perfecta, aunque todo ese esfuerzo supusiera no poder sentarse ni un segundo y mucho menos cenar o charlar con alguien tranquilamente.

«A esto se reduce tu existencia en esta casa: empleada del hogar. Ya deberías tenerlo asumido», pensó con acritud.

—Sara, ¿y ese vino? —gritó Colin desde el salón.

—Lo siento, tesoro, pero ahora mismo no puedo buscar tu cómic —se disculpó con su hijo.

Agarró la botella y la descorchó en un santiamén. Después sirvió las tartaletas y regresó a la sala con paso rápido. Se acercó al grupo y con una enorme sonrisa fue rellenando las copas.

—Ese divorcio le va a salir por un pico —decía Randy.

—Hoy en día divorciarse no es un buen negocio. ¡Que me lo digan a mí! —exclamó Clayton—. Mi ex se quedó con todo y a mí solo me dejó una sentencia que me obliga a pagar hasta las facturas de sus operaciones de estética.

—¡Pobrecito! —ronroneó Colin con tono burlón.

—No todos tenemos tu suerte —replicó Clayton—. Si yo tuviera a alguien como Sara, no querría divorciarme jamás. Es encantadora e irresistible.

Sara levantó la vista hacia él y se ruborizó. Sabía que estaba siendo cortés, siempre lo había sido con ella. No era tonta y notaba la atención masculina que suscitaba. Desde que era una adolescente, a su paso se habían girado muchas cabezas y aún podía sentir ese interés en las miradas que encontraba sobre ella. Clayton en ese momento tenía la suya perdida en su escote.

—Si Sara y yo nos divorciáramos, lo único que recibiría sería su correspondiente cincuenta por ciento de las deudas: hipoteca, facturas... Mal negocio, ¿verdad, cariño? —contestó Colin mientras estiraba el brazo para que ella rellenara su copa.

Ella le dedicó una sonrisa que solo un idiota no habría sabido interpretar como: «¿De verdad tenías que decir eso?» Respiro hondo, se tragó su orgullo y continuó sirviendo el vino, mientras la pelirroja insistía en que ella jamás se casaría sin un buen contrato prematrimonial que cuidara de sus intereses. Hablaba como si su cuerpo de reloj de arena justificara todos los posibles. «¿Quieres disfrutarlo? Págalo.» Randy miró a su acompañante con un gesto de espanto mal disimulado. Se llevó la copa a los labios y bebió hasta apurarla.

—Cielo, estas tartaletas están fantásticas —dijo Natasha desde el sillón.

Sara le dio las gracias con una sonrisa.

—Siento no poder echarte una mano —se disculpó la mujer, señalando con un gesto la venda que lucía en el tobillo.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado —susurró mientras le guiñaba un ojo.

—Pues sí que están buenas —dijo Clayton, tragándose una de un solo bocado. Con la boca llena se giró hacia ella y alzó las cejas con un gesto elocuente—. Dime que tienes una hermana gemela. Si no tendré que secuestrarte.

Sara se echó a reír.

—Si queréis probar unas tartaletas buenas de verdad, tenéis que ir los jueves al mercado de Borough. Dios, se te hace la boca agua —replicó Colin.

Se puso rígida y tragó saliva.

—No lo dudo, pero estoy segura de que estas no tienen nada que envidiarles. Me reitero, Sara, están deliciosas —intervino Natasha mientras dedicaba a Colin una mirada de advertencia.

—Pruébalas antes de asegurar eso —sugirió Colin con cierto desdén—. Además, si lo dices por el ego de Sara, no te preocupes. Ella es muy consciente de sus limitaciones.

Sara estuvo a punto de ahogarse con su propio aire. Miró a su marido perpleja, sin dar crédito a sus palabras. Él le devolvió la mirada tan tranquilo, como si en lugar de haberla dejado a la altura del betún, hubiera dicho que el sol salía por el este y se ponía por el oeste. No lograba entenderlo. Una parte de ella quería creer que no lo había dicho con malicia, pero otra empezaba a estar harta de aquel desprecio constante con el que la trataba y que después él se empeñaba en negar. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar la botella allí mismo y encerrarse en su habitación. No quería quedar mal ante todos aquellos invitados, aunque también empezaba a estar cansada de la prepotencia que estos exhibían.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Repicó de nuevo, casi con insistencia, y Colin no hizo ademán de moverse. Sara dejó la botella en la mesa y se dirigió al vestíbulo. Abrió la puerta y notó cómo la vida abandonaba su cuerpo. El aire se le atascó en los pulmones y se quedó mirando a las dos personas que había al otro lado del umbral. En concreto, a la mujer que acompañaba a Jeroen, el único invitado que quedaba por llegar.

El shock debió de reflejarse en su cara, porque Jeroen se inclinó sobre ella y le preguntó si se encontraba bien. Sara continuó inmóvil, mientras una sola pregunta se repetía en su cerebro:

«¿Qué demonios hace ella aquí?»

A partir de ese instante, la noche transcurrió bajo una extraña bruma de incomodidad que le embotó la cabeza. El pasado regresó, golpeándola en el estómago, y todos sus miedos e inseguridades brotaron sin control explotando en su interior.

Debían de ser cerca de las tres de la madrugada cuando terminó de recoger los restos de la cena. Puso en marcha el lavavajillas y se dirigió al baño, apagando las luces a su paso. Temblaba, y no de frío; el aire era tan cálido como una noche de verano en el sur de España. Si cerraba los ojos, podía sentir el olor del jazmín y de los geranios del patio de su madre. Temblaba porque notaba que los cimientos de su mente se resquebrajaban sin remedio. Sentía como si algo indefinido o hace tiempo olvidado emergiese de su interior, como una voz luchando por ser escuchada.

Se dio una ducha y envuelta en el albornoz entró en su dormitorio. Colin hablaba por teléfono con Clayton. Ella se puso el pijama a toda prisa, dándole la espalda para proteger su desnudez. La rabia la consumía, incapaz de controlar sus sentimientos. Su tenacidad para mantenerlos enterrados se había convertido en humo arrastrado por el viento.

«Esto es demasiado. ¿Cómo ha podido?», pensó. Solo que no lo había pensado, sino que lo había dicho en voz alta y clara.

—¿Qué? —replicó Colin, alejando el teléfono de su boca.

Ella se dio la vuelta y lo miró.

—¿Cómo has podido? —le espetó.

Colin parpadeó y una expresión de fastidio cruzó por sus ojos.

—Eh... Clayton, hablamos mañana, ¿de acuerdo?

Colgó y se la quedó mirando. Ella no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—¿Cómo has podido invitarla a esta casa? Y no me salgas con que no sabes de qué te estoy hablando.

Colin se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No empieces a sacar las cosas de quicio...

—¡Que no saque las cosas de quicio! Esa mujer ha estado en mi casa, sentada a mi mesa y le he servido la cena. He tenido que oírlos bromear, reír, hablar de todas esas cosas estupendas que tenéis en común... ¿Te haces una idea de cómo me siento?



—Sale con Jeroen desde hace unos meses. No podía invitarlo a él y a ella no.

—¡Me da igual con quién salga! —Elevó el tono hasta que su voz rebotó por toda la habitación—. ¿Te importa más lo que pueda pensar un compañero de trabajo que herirme a mí?

—No hace falta que grites, ni que te pongas tan melodramática. Escucha, no tienes motivos para estar así. —Colin se puso de pie y se paseó por la habitación sin mirarla—. No puedo creer que estemos teniendo esta conversación, no después de tanto tiempo. Por Dios, Sara, creía que este tema ya estaba olvidado.

—¿Cómo quieres que olvide que te estuviste acostando con ella durante casi un año? En esta misma casa, en esta cama —gimió, señalando las sábanas.

No los había visto con sus propios ojos, pero suponía que habrían estado allí. Apartó la vista, más enfadada y dolida que antes.

—Te lo vuelvo a repetir. Entre Anika y yo nunca hubo nada. Solo fueron imaginaciones tuyas. Viste cosas que no existían.

—Os vieron salir de aquí juntos, en más de una ocasión, a primera hora de la mañana. Y yo en España, preocupada por ti porque no habías podido acompañarnos de vacaciones, otra vez.

Colin resopló hastiado.

—Ya te lo expliqué. No tenía dónde quedarse, su casa se había inundado...

—Pero ¿cómo puedes ser tan hipócrita?

Se encogió con un escalofrío. Se le llenaron los ojos de lágrimas y todo el dolor de aquellos días regresó con la misma intensidad. Con un ataque de ira abrió las puertas del armario. Empezó a sacar ropa del altillo y la tiró al suelo sin ningún cuidado, hasta que dejó a la vista una caja decorada a rayas azules y blancas. La abrió y volcó el contenido sobre la cama. Decenas de imágenes en su cabeza se solaparon sobre la superficie de algodón blanco.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Colin sin osar acercarse.

Sara tuvo que parar y respirar. Cerró los ojos un momento. Su marido siempre se mostraba tan tranquilo y sereno, tan lógico, que a ella al final le entraban dudas sobre su propia cordura y acababa preguntándose si él tendría razón, si solo serían cosas suyas y en realidad era una paranoica. Abrió los ojos y miró toda aquella basura esparcida sobre la

cama. No era una paranoica desquiciada. Nunca habían sido imaginaciones suyas y lo sabía. Él se había estado acostando con otra y tenía las pruebas allí mismo.

—No he conseguido tirarlo. Lo he intentado muchas veces, pero no he podido —confesó avergonzada. Se cruzó de brazos en un gesto de autoprotección. Había sufrido tanto por todo aquello: la dejadez, los silencios, la falta de entrega..., por la traición.

Colin tragó saliva. Sabía lo que era, se le notaba en la cara. Se llevó una mano al pecho y se masajeó el esternón.

—¿Vas a decirme otra vez que no pasó nada? —insistió Sara. Señaló la cama—. ¿Me he imaginado esas facturas de teléfono, los mensajes, los extractos con cargos de hoteles, los tickets de compra de regalos que yo nunca he recibido?

Habían discutido tanto por todo aquello, pero no había servido de mucho. Colin nunca dio su brazo a torcer. Se negó a admitir las evidencias y, con la maestría del que se gana la vida convenciendo a la gente de que debe comprar todo aquello que no necesita, trató de convencerla a ella de que estaba loca. Justificó su estrecha relación con Anika alegando que tenían una amistad cómplice sin maldad alguna, basada únicamente en el perfecto equipo que formaban a la hora de diseñar las campañas publicitarias. Como si fueran los mismísimos Steve Jobs y Steve Wozniak de Apple. Y acabó conduciendo el problema hasta ella. La acusó de ser una histérica que se pasaba el día pendiente del niño y de la casa, de haber confiado más en los rumores malintencionados de sus conocidos que en él.

Sara no cayó en su juego perverso. Si sus entonces amigas no le hubieran facilitado las pistas, ella nunca habría mirado en su cartera, ni en su correo; tampoco las facturas telefónicas ni habría escuchado tras la puerta. Porque nunca se le había pasado por la cabeza que Colin pudiera engañarla. ¿Por qué iba a hacerlo? Era inteligente, guapa, mucho más joven que él, y lo adoraba.

—Ya lo hablamos en su día —empezó a decir él—. Estaban fuera de contexto. Hay que tener mucha imaginación para ver en esas conversaciones algo más que...

Sara no quería oír las viejas excusas. Se acercó a la cama y hundió la mano en el montón de morbosos recuerdos. Sacó una tira de paquetitos plateados y se la lanzó a la cara. Los condones chocaron contra el pecho

de Colin y cayeron al suelo. De repente se dio cuenta de lo enfermizo que podía parecer que hubiera guardado todo aquello durante años. Pero no le importó, estaba demasiado dolida.

—¿Eso también lo saqué de contexto? Estaban en tu escritorio, bajo llave, y conmigo no te hacían falta. —Empezaba a sonar histérica de verdad—. ¿Con quién los usabas sino con ella? ¿Acaso hubo otras?

Colin ni siquiera los miró. Hizo como si no estuvieran allí y no supiera lo que implicaban. Para ella eran su prueba, la más importante, la más significativa. Pensar en ello aún le dolía como una herida abierta. Imaginar a Colin y a Anika juntos, en una cama, enredados mientras sus cuerpos chocaban el uno contra el otro... No soportaba la idea.

—Sara, por favor, no sigas. Han pasado cuatro años y seguimos aquí, juntos. ¿De verdad quieres que volvamos a revivir todo esto? —imploró Colin con un suspiro de frustración.

—No he sido yo quien la ha invitado a casa —sollozó—. Casi había conseguido olvidarme de ella. Ni... ni siquiera sabía que continuabas viéndola.

Él se agachó y recogió los condones. Los puso dentro de la caja y continuó guardando todo su contenido esparcido sobre la cama. Ella le observó mientras la tapaba y la tiraba a una papelera junto al escritorio.

—¿Por qué sigues conmigo si no me quieres? —preguntó de repente ella, con voz serena—. ¿Es por Daniel? ¿Por el dinero de la pensión? ¿Te da miedo quedarte solo y no tener quien te planche las camisas? —preguntó con tono mordaz.

Los ojos de Colin se clavaron en los de ella. Extendió ambas manos, impotente y cansado.

—Eso no es cierto.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que me diste un beso? Hace siete semanas, cuando te fuiste de viaje a Dublín, y me lo diste en la mejilla —musitó Sara. Colin miraba la pared por encima de ella—. ¿Y recuerdas cuándo fue la última vez que hicimos el amor? Hace cuatro años, en Nochevieja. Ni siquiera se podría decir que lo hicimos. Fue...

—No todo en la vida de un matrimonio se reduce al sexo —la cortó él. Su mirada esquiva vagaba por la habitación sin fijarse en nada en concreto—. Hay otras cosas —lo dijo como si en realidad tratara de vencerse a sí mismo y no a ella.

Sara se quedó pensando un segundo y añadió con un suspiro entrecortado:

—No recuerdo cuándo fue la última vez que me abrazaste.

—Nunca te he dicho que no me abrases —repuso Colin—. Yo podría decir lo mismo de ti. Quizá yo me sienta igual y esté esperando a que seas tú quien se acerque a mí.

—Si me quisieras...

—Yo te quiero —la atajó él.

—Pero no estás enamorado de mí —susurró Sara.

Lo dijo convencida, con la seguridad que le daba haber oído esas palabras de sus labios durante una discusión. La misma noche que lo esperó despierta hasta bien entrada la madrugada, sentada a oscuras en el sofá y con los preservativos que acababa de encontrar firmemente apretados en su mano. Colin pronunció esas palabras sin un ápice de duda. No vaciló cuando le dijo que ya no sentía esa pasión por ella, que en algún momento había empezado a verla como madre y no como mujer. Nadie está preparado para oír algo así de la persona que se ha comprometido a amarte durante toda su vida.

—¿Y tú, Sara, estás enamorada de mí? —preguntó él sin ninguna emoción.

La pregunta la pilló desprevenida y se quedó en silencio. Bajó la vista, evidentemente contrariada.

«Antes sí, ahora... No lo sé», pensó.

Tras un largo e incómodo minuto, Colin apagó la lámpara del techo y destapó la cama. A continuación se tumbó, colocándose de lado de modo que le daría la espalda cuando ella se acostara a su lado. No era nada nuevo. Hacía mucho que dormían de ese modo.

—Estás cansada, nerviosa y enfadada. Deberías dormir. Mañana verás las cosas con más tranquilidad y te darás cuenta de que no es para tanto —dijo con el tono reposado y tajante que siempre empleaba cuando quería dar por zanjada una cuestión. Alargó el brazo y apagó la luz de la mesita, y la habitación quedó sumida en la oscuridad.